

LA UNIÓN

XXIV Festival Nacional del Cante de las Minas

12-18 Agosto 1984

Declarado de interés turístico nacional



Excmo. Ayuntamiento de La Unión
Consejería de Cultura y Educación - Comunidad Autónoma de La Región de Murcia



La "Minera"

Asensio Sáez

De la mina, la "minera". Un "cante para hombres solos", según Chacón, que en materia de cante de las minas sabía lo suyo, al parecer.

"Dentro del grupo del cante de las minas -escribe Julián Pemartín en su

"Cante Flamenco"- las mineras representan el cante propio del municipio murciano de La Unión... Debieron aparecer a mediados del siglo XIX, derivadas de los fandangos locales". Porque no es verdad que la "minera", como alguien ha creído erróneamente, sea

una invención reciente. Y así lo vienen a demostrar los testimonios grabados por Antonio Grau Dauset, hijo del "Rojo el Alpargatero", fuente en cuyas aguas jondas bebió directamente Antonio Piñana. En 1936 -valga este otro ejemplo- Ramón Montoya graba

una antología de “arte clásico y flamenco”: en la misma introduce una bella parcela dedicada precisamente a la “minera”.

Caigase en la cuenta de que hubo un remoto tiempo en que las etiquetas importaban muy poco al “cantaor” ajeno a otra materia que no fuese su creación personal, embebido como andaba en la fascinación de su propio cante. Lejos aún de la influencia de los flamencólogos –tendría todavía que correr mucha agua por debajo de los puentes hasta la aparición de esta terminología– y desde luego libre del microscopio de los investigadores que inquieren, diseccionan y sopesan la copla como si un material de laboratorio se tratase, al antiguo “cantaor” le bastaría simplemente con echar por delante la pena o la alegría, según se terciase; esto es, la espuma del sentimiento, como quien dice. La verdad es que debió traerle sin cuidado todo lo que no fuese cantar, su más seria misión. De aquí los equívocos, el inevitable desconcierto en cuanto a la nomenclatura de cantes atañe. Por ejemplo, en su libro “Los cantes libres y de Levante”, Andrés Salom nos cuenta cómo el mismísimo Chacón llega a registrar varios cantes con el nombre de “murcianas”, “si bien la mayoría de ellas no son más que cartageneras y malagueñas”. Viene al caso el pintoresco hecho de que en determinados discos de pizarra figuren algunas “cartageneras” como “malagueñas” y viceversa. Más: tiempos corrieron en que absolutamente a todos los cantes mineros se les llamó “tarantas”.

Volviendo a la “minera”, clasificada por J. Ruipérez Vera dentro de lo que él denomina “tarantillas de estilos mineros de Cartagena y La Unión”, de

la misma afirma Diego Alba y José Manrique en su “Cante de las minas”: “Estimamos que la minera tiene su punto de partida en los antiguos cantes de la madrugá”. Es decir, las coplillas que en la madrugada, cuando las claras del día rompen en el horizonte, componían o simplemente interpretaban no sólo el minero sino el hombre del campo, el de la huerta, el de la fábrica o el taller, camino de sus respectivos trabajos: livianas cancioncillas de amor, de ronda, de amistad, de exaltación de cualquier otro sentimiento humano. “Padre de la minera y de todo el cante minero” llama también José Blas Vega al cante de “madrugá”. Ya en 1900 en su “Cancionero panocho”, Pedro Díaz Cassou hace referencia a una “malagueña de la madrugá”, muy popular en Murcia por entonces, “importada en 1868 por un licenciado del ejército, Ginés Martínez, el Osuna”.

Un tinte de oscuras desolaciones impregnará desde un principio a la “minera”. “El minero clásico –escribe en 1963 Domingo Manfredi Cano en el capítulo dedicado a la “minera” de su “Geografía del cante jondo”–, viviendo siempre en el fondo de sus pozos, ajeno a si la luz del día llegaba o se iba, inmerso de continuo en una oscuridad absoluta, dura como la piedra para dejarse romper por los faroles de petróleo o carburo, no podía crear un cante alegre, festivo y jacarandoso, como las caleseras, por ejemplo, creadas por los mayores de las diligencias, o las trilleras, por los labriegos que corrían sobre las eras en sus trillos...”

Resucitada por el Festival Nacional del Cante de las Minas, cabría preguntarse sobre los cánones más o menos intocables en que descansa la “mine-

ra”. Enrevesada materia ésta de la pureza de un cante, ciertamente. “¿Pero qué es la pureza? –se pregunta Génesis García– ¿Quién la representa: alguno quizá de aquellos a quienes el cante les llega al cerebro sin pasar por venas, huesos y médulas?” Queden en el aire, caracoleando, las interrogaciones. Doctores tiene el tema. En última instancia, a salvo queda hoy la “minera”, rescatada felizmente de todos los olvidos, de todos los menoscabos. El Festival que la resucitó en 1961 y que la exalta cada año continúa velando porque los cantes autóctonos de La Unión traspasen las fronteras de la simpática pero reducida viñeta flamenca localista. Queda sí, por tanto, implicada la ciudad en aquella seria e inaplazable responsabilidad del mantenimiento y mejora de este Festival, puerta por la que La Unión, tras un dilatado paréntesis de silencios y adversos avatares, volvió un día a asomarse al mundo.